

## Note/Nota

### **Afinidades electivas entre literatura y economía: a propósito de un relato de García Márquez**

**José Ramón García Menéndez**

Universidad de Santiago de Compostela

#### *Introducción*

**1988:** año aciago de máximo rigor de la economía de América Latina. Referente expresivo de la década perdida del desarrollo latinoamericano, la deuda externa representó no sólo un problema contable de balanza de pagos y que expresa la cuantificación del riesgo de los prestamistas internacionales sino, más bien, uno de los nudos socioeconómicos que entrelazan causas estructurales y efectos políticos-económicos complejos. En el modelo de capitalismo dependiente de América Latina, la deuda externa es un reflejo de las profundas contradicciones del proceso de desarrollo periférico, sumamente vulnerable ante las tensiones y requerimientos del ciclo de acumulación global. En este contexto, por generación autónoma, se publican dos contribuciones casi simultáneas (Calcagno, 1988; García Menéndez, 1988a) que se sirven de uno de los relatos más conocidos de García Márquez, para evidenciar las trampas del endeudamiento externo. El referente fue empleado posteriormente en una magnífica serie de artículos por el economista ecuatoriano A. Acosta (2002). Como en el caso de la cándida Eréndira, en la medida que se aceptan las duras condiciones de acreedores y del Fondo Monetario Internacional, los intereses del principal se disparan para cubrir los riesgos del impago futuro, mientras que se soporta la explotación del ajuste y se mendigan plazos más amplios y tramos adicionales de crédito que, al fin y al cabo, no satisfacen el servicio de la deuda original pero que acrecientan el monto total del débito.

**2013:** casi treinta años después, en una grotesca ciclotimia del modelo de acumulación capitalista, la deuda externa continúa presentando su singular función de vinculación dependiente en la economía internacional y no sólo en América Latina. En la Unión Europea, por ejemplo, el rol de la deuda está configurando una profunda mutación del orden económico europeo cuyas consecuencias sociales, económicas y de representatividad democrática están en curso. Pero en una curiosa pirueta del destino, como si no se aprendieran las lecciones de la Historia y en el contexto de renegociación de la deuda externa argentina, una parte minoritaria de los acreedores no aceptó la oferta gubernamental para el pago de los bonos emitidos durante la crisis del “corralito” financiero. La actitud de los “fondos buitres” ante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner hizo exclamar a ésta (que, sin saberlo, utilizó una Afinidad Electiva Economía-Literatura): “...si Argentina tuviera que pagar a los ‘fondos buitres’ lo que piden, volvería a quebrar...como en el cuento de la cándida Eréndira de García Márquez”.

**2014:** en abril fallece García Márquez, motivando una vuelta a la relectura de quienes admiran la obra de quien Cortázar denominaba *intelectual creador*, un gladiador que se enfrenta obstinadamente con el lenguaje para conquistar la realidad, tangible o soñada. Con frecuencia, la riqueza expresiva del mundo circundante con sus misterio, absurdo e irracionalidad se manifiesta literariamente con el recurso de la fantasía y la mitificación....lo que se conoce—a veces, con equívocos—como *realismo mágico*, un universo colorido y demencial en el que el lenguaje es un vehículo para las metáforas de la vida. Y las metáforas, en manos de las escritor comprometido, se convierten en tubos de ensayo que permiten escrutar la Economía, la Sociedad y, en fin, el Poder.

### 1. *Afinidades Electivas y Ciencia Económica*

“Si la única herramienta que uno emplea es un martillo, entonces tratará a todas las cosas como si fueran clavos”.

—A. Maslow

La reconstrucción crítica de la Economía nos muestra que el territorio en el que se debaten cuestiones relativas a la elaboración y acumulación del conocimiento en Ciencias Sociales pertenece a un cenagoso laberinto en el que la búsqueda del vórtice por parte del investigador interesado está plagado de dificultades (metodológicas, teóricas...) y es de una exasperante lentitud. Debido a esas razones (y, en ocasiones, a pesar de ellas), la acumulación del conocimiento y la evaluación de los logros analíticos de una disciplina de ámbito socioeconómico entraña múltiples dificultades, tanto de gestación científica como de comprensión profesional y de aplicación práctica hasta

el punto de que la trayectoria de los científicos sociales nos aproxima a los incansables metafísicos del laberinto de Tlon que—en genial descripción de J. L. Borges en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”—no buscaban la verdad ni siquiera la verosimilitud; perseguían, en cambio, la quimera y el asombro.

Es preciso, en este sentido, que seamos conscientes de las dificultades metodológicas de una presentación analítica a partir de “afinidades electivas” como aproximación al conocimiento, propuesta inicialmente por el químico Bergman (1775), reformulada literariamente por Goethe (1809) y profundizada por Weber en Ciencias Sociales a través de una reflexión sobre la burocracia o la ética protestante a partir de la prosa literaria de B. Franklin o del mismo Goethe (González García, 1989). Este sugerente camino ha sido utilizado también por Mallarmé, animado por un profundo sentido poético entendido como vía estética de un peculiar conocimiento de la realidad pero que mereció una dura crítica de R. Barthes que calificaba la pretensión del poeta como víctima del “demonio de la analogía”. No obstante, resalta lo que es realmente relevante en el contexto del presente ensayo: *el poder mediador existente entre la realidad y el conocimiento científico*. Una mediación, además, transdisciplinar que implicando a varios campos de las ciencias y de las artes permiten una búsqueda de bagaje cultural y de ricos matices históricos. El valor formativo de la vía de las “afinidades electivas” para el científico social es incuestionable pero no es de menor relevancia la contribución a la búsqueda de respuestas científicas que supone para el investigador. Dicho de otro modo, esta metodología permite alcanzar respuestas científicas coherentes en términos de validación científica y en contextos específicos de historia interna (de la disciplina que se trate) y de historia externa (de la formación socioeconómica). Pero, al mismo tiempo, ayuda a construir y formular las interrogantes pertinentes. Y, a nuestro juicio, el doble rol que cumple dicha opción metodológica representa también un desafío docente, investigador y de divulgación científica. En consecuencia, las dificultades mencionadas para una reconstrucción crítica de la Teoría en Ciencias Sociales no sólo son de similar envergadura a las del templo borgeano de Tlön sino que, también, “...es un laberinto urdido por los hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres”. Un laberinto, en definitiva, bajo el cual excava el viejo topo nietzscheano a la búsqueda, en palabras de M. Shell, de “...las minas de aquellos antiguos que fueron los primeros en abrir camino y establecieron

la filosofía mediante *una diligente distinción entre la retórica de los sofistas, que enseñaban el arte de la persuasión por dinero y la lógica de los dialécticos, dispuestos a revelar gratuitamente la verdad*". En este preciso sentido, "¿podremos ahora nosotros socavar—superándola así—la omnipresente participación de la simbolización monetaria (y, en general, la presencia de la simbolización interesada) en el pensamiento?" (Schell, 1985, 315).

Sin duda, la reconstrucción crítica de la Teoría de cualquier Ciencia (y, especialmente, si corresponde a una Ciencia Social) requiere una compleja distinción argumental a tenor del ámbito de recreación científica que permite, como afirmaba M. Schell, el ejercicio de la persuasión y la búsqueda del significado de los símbolos en una sutil convivencia de "máscaras" en el científico social que, como el dios Jano, tiene dos rostros con diferente expresión facial: uno, el de la retórica de los sofistas y, otro, el de la lógica de los dialécticos. Y ambos rostros, además, miran hacia atrás con harta frecuencia y distinguen en la bruma de la Historia a señeras figuras del Pensamiento. En efecto, han transcurrido más de 400 años desde que dos autores, entre otros muchos de origen y vicisitudes biográficas dispares, han participado de un camino que caracterizó el umbral de la modernidad en la investigación social en Europa. Por una parte, Giordano Bruno ultimaba, en 1584, *La expulsión de la bestia triunfante* como una aportación cumbre al pensamiento anti-supersticioso que intenta refutar (en ocasiones, de forma despiadada) la lógica científica autoritaria subyacente en el feudalismo y, especialmente, el principio "científico" calvinista de la justificación por la fe (Bruno, 1989). Por otra parte, desde una encrucijada de caminos del suroeste europeo—concretamente en Tuy—parte hacia la diáspora un gallego de origen judío, amigo y contertulio de Montaigne y Rabelais, de nombre Francisco Sánchez y con una obra en ciernes titulada *Que nada se sabe* que también fortalece la lucha contra las supersticiones despertadas por el cometa de 1577. Al igual que Giordano Bruno (o, por qué no, Miguel Servet) Francisco Sánchez no cesó en denunciar a numerosos coetáneos considerados "servidores de la ciencia" pero que padecían, como el pueblo llano, la temerosa influencia de las supersticiones: *baubantem est timide pertimuisse canem*. Si bien es cierto que, como diría Francisco Sánchez, los actuales científicos sociales parecen seguir "...buscando embrollos para que su ciencia no caiga en desprecio, y si es fácil, la hacen difícil y

trabajosa con un disfraz de palabras, y se jactan de haber demostrado y probado científicamente—en *Barbara*, castillo metodológico inexpugnable—que el hombre es sustancia” (Sánchez, 1991, 16), los cuatro siglos que nos separan del escenario renacentista han servido, en gran parte, para analizar la figura del científico social en un doble aspecto: la labor del investigador como resultado de una aguda tensión entre la necesidad del deseo (de conocer) y la tentación a recrear (a interpretar) la realidad.

En anteriores textos (García Menéndez, 2011) al mencionar ciertas variaciones de “afinidades electivas” entre Literatura y Economía, nos referimos el interesante caso de Baudelaire, en el que se entrecruzan biografía, obra y espíritu de una época en una sola lección de Economía Política que requiere, igualmente, la ilustre complicidad del lector compartiendo códigos culturales y científicos para descifrar cada “afinidad electiva” expuesta. No sorprende, por tanto, que hasta el mismo Walter Benjamin tuviera una posición abierta sobre el impacto de la fotografía en el Arte y en la vida cotidiana, aproximando la Teoría Crítica a una técnica relativamente joven de reproducción visual, siguiendo el legado de Adorno, más cercano a la música como expresión artística y rango social. El mismo Benjamin quedó fascinado por la figura de Baudelaire y el carácter dilapidador de su ludopatía que genera en el poeta una aspiración en mutar hacia un monstruo que fuera el único amo del azar. Para el filósofo este caso es un trasunto arcaico de la alienación del trabajo asalariado y una peculiar poética del sistema capitalista en auge. Aunque Benjamin no abusa de las “afinidades electivas”, obliga a que se desvíe la mirada hacia la crítica de la Economía Política y a su gran clásico, Karl Marx, como el “poeta de la dialéctica” con una obra comparable, igualmente, a los *Cantos* de Erza Pound o a *La tierra baldía* de T.S. Eliot. Sin el tormento de la nostalgia, Walter Benjamin, inspirado por Baudelaire, nos muestra la poética que subyace en la nueva relación de la moderna economía capitalista de principios del siglo XX cuando ciudadanos anónimos observan construcciones metálicas desconocidas e inefables máquinas levitantes en las exposiciones universales de principios de siglo porque, si se tratara de una poesía, aquellos artefactos “...como las almas errantes, que buscan un cuerpo, entran cuando quieren en el personaje de cada uno” ¡Qué mayor afinidad electiva!: mientras el individuo deambula en pabellones de hierro y vidrio, admira el salto

tecnológico y asume la identidad compleja de objetos técnicos, se deja seducir por las mercancías de la última modernidad en un ritual expositivo que legitima al sistema y, al mismo tiempo, amplía el espacio público de la ciencia (Benjamin, 1993, 71 y ss.).

También es cierto que si no existe un cimiento científico sólido que permita la riqueza hermenéutica de la afinidad electiva, la aproximación a la Economía de nuestro tiempo (como rango de conocimiento básico en el que se ha sedimentado contribuciones del pensamiento económico y como objeto pluridimensionado de la política económica) por esta vía, constituiría un intento tan inútil como frustrante. Estaríamos jugando con nuestro interlocutor (el lector, el alumno, el gestor público) con naipes caprichosos y sin reglas de juego definidas para conseguir una inmerecida atención mediante relatos metaliterarios sobre entidades hipotéticas y mundos incompletos, abonando—quizás, incluso, con brillantez—una antología de fenómenos y un bestiario de individuos ficticios cuando, en realidad, nuestra posición es tajantemente la opuesta. Adviértase que el trayecto a la inversa (de la realidad al relato de ficción) tiene una enorme tradición, especialmente en los grandes novelista europeos del s. XIX. Mario Vargas Llosa apunta el gran esfuerzo invertido por Flaubert para documentarse fielmente en los fenómenos económicos de esa época y para describir el estrangulamiento económico al que Lheureux somete a la Bovary. El mismo Flaubert recibe, al efecto, clases intensivas sobre letras de cambio, pagarés, embargos, remates, amortizaciones...con el fin de poder convertir lo real en un referente literario, porque *de las ruinas y disolución de la realidad surgirá no una copia sino alguno muy distinto: una respuesta*. La afinidad electiva Literatura-Economía tiene justificación si existe un correlato analítico que nos ayude a “conocer” la realidad y “resolver” problemas planteados por la misma. Solamente así tendrá sentido incorporar el impulso de las lecturas seleccionadas por el economista (“economista” entendido como intelectual específico, según palabras de M. Foucault) abierto a esa ayuda. Y esa selección puede ser tan amplia como creamos oportuno.

Veamos algunos casos para ilustrar las magníficas posibilidades que observamos en el método. Desde el viaje iniciático de Marlowe al encuentro de un Kurtz cercado por sus debilidades y ajeno a las convenciones oficiales en *El corazón de la tinieblas*, de J. Conrad a la travesía homérica, también iniciática, de Odiseo tentado por el canto de

las sirenas, ¿no representan itinerarios para explicar por qué el conocimiento científico emerge no de la apariencia sino de la esencia de la realidad analizada? ¿No encontramos en algunas de las novelas populares de Julio Verne, publicadas en su tiempo por entregas como *Los 500 millones de la Begum*, un trasunto documentado de las ideas proto-colectivistas de la época? Siendo un precedente significativo, ¿cómo caracterizar la particular versión de economía marginalista que nuestra admirada Joan Robinson hace del cuento sobre la Bella y la Bestia? Aunque es cierto que no podemos confundir el medio de la afinidad con el objetivo del conocimiento. Ya lo advirtió Ernesto Laclau, en un seminario interdisciplinar sobre “El sentido de la cultura” (Compostela, enero 2008), ‘la metáfora también tiene sus límites’. ¡Cuánto se extraña, en estos tiempos de crisis de la representatividad inundados por los hermeneutas de la ‘gobernanza’ y del ‘populismo’, el pensamiento crítico—incluso con sus sombras—de Ernesto Laclau!

Por otra parte, las *afinidades electivas* remiten a la simbología de las relaciones económicas, en fondo y formas. Al respecto, M. Aglietta y A. Orléan han analizado el rol violento que juega la monetización de las relaciones sociales donde el deseo humano (incluido el del conocimiento) cobra sentido cuando existe no sólo una constatada ausencia de conocimiento sino, también, una profunda necesidad de “saber” en una relación básicamente “dialogal” de la actividad científica. Como escriben Aglietta y Orléan:

...siendo el ser mismo la meta del deseo, no puede ser buscado más que a través del otro que se encuentra en la misma situación. En consecuencia, desear el ser es imitar el deseo del otro. Pero el otro se rebela necesariamente contra la objetivización de la cual es víctima, que mutila su propio deseo de ser. Si es modelo es, también indisolublemente, un obstáculo para el primer individuo, es decir, un rival. Se extrae así con claridad la estructura mimética del deseo (...) En esta estructura, el objeto no toma una significación social, no se convierte en objeto de deseo, más que porque está designado por el rival. De ello se deduce que el tener es metonimia del ser: al designar el tener, se designa el ser, sin poder jamás agotar la finalidad del deseo, sin poder poner un término a la búsqueda desesperada de plenitud, a una búsqueda siempre frustrada (...) El trueque sin mediación de ningún tipo es una relación fundamental imposible, porque al buscar en el otro su modelo cada uno sólo encuentra un obstáculo que le regresa la imagen de su propio deseo. La rivalidad mimética suscita el flotamiento del deseo que no alcanza a fijar su objeto... (Aglietta y Orlean, 1990, 59-60)

En suma, como señalan los autores, “...la violencia económica

procede entonces de esa paradoja: *el otro, que el sujeto imita, es inseparablemente modelo y rival*" (Ibid., 18). Es en este instante reflexivo, en mi opinión, cuando la citada paradoja adquiere un incuestionable rango epistemológico y teórico que emerge de las tensiones entre Realidad y Razón, incluso en campos de conocimiento consolidados que condicionan el hilo conductor metodológico a partir de la propuesta de J. Habermas sobre *reconstrucción crítica* pues, como señala pertinentemente Fernández Buey, "hay que advertir que la *deconstrucción* epistemológica del edificio bien *construído* y tan sólidamente ubicado ha coincidido en el tiempo con las nuevas recriminaciones morales a la potencialidad destructiva de la ciencia misma en acto..." (Fernández Buey, 1991, 43). En suma, la opción por la *reconstrucción crítica* (o, en su caso, la *demolición*) de la Ciencia Social implica, a su vez, un observador que tenga un protagonismo distinto al investigador tradicional; una síntesis de actor y personaje que, como se refería Mircea Eliade, se encuentra entre lo sagrado (los dictados de la Razón) y lo profano (las exigencias de la Realidad), entre el poder del acto creativo y el asombro del reiterado descubrimiento cotidiano que consiste en que para analizar el Mundo "es necesario fundarlo y ningún mundo puede nacer en el caos de la homogeneidad y la relatividad del espacio profano. El descubrimiento o la proyección de un punto fijo, *el centro*, equivale a la creación del mundo" (Eliade, 1965, 22). Una de las contradicciones más graves de la actividad del científico social consiste derivar una labor dialogal y, por tanto, dialéctica en función de una imagen prepotente del investigador que, situado entre lo sagrado y lo profano, apuesta acríticamente por la Razón al margen de la Realidad. Esta posición es esencialmente "absolutista" por cuanto el *método* siempre legitima al "etnocentrismo" del científico social al mismo tiempo que descalifica a los sistemas teóricos del pasado hasta el punto que la historia secular de la ciencia es sustituida por una historia imaginaria en la que el presente se convierte en algo sagrado que sólo los depositarios de los arcanos de la Hermenéutica pueden glosar. Una historia imaginaria, sin duda, en la que no se permiten interpretaciones discrepantes con el discurso científico dominante.

En cambio, el proyecto de *reconstrucción crítica* de la Teoría en Ciencias Sociales consiste en superar el idealismo e, incluso, el misticismo propios del "intelectual metafórico y sincrónico" que le está dado el disociar la suma de pasado y futuro con el mundo fáctico en una vana



pretensión de conocimiento pues, como señaló M. Foucault, “el azar, la discontinuidad y la materialidad deberán introducirse en las raíces del pensamiento” (Foucault, 1971, 61; cf., además, Foucault, 1968, 69 y ss.; y Foucault, 1970, 78 y ss.). La tarea se asemeja a las dudas de un nuevo Prometeo perdido en el cenagoso laberinto descrito y entraña, en consecuencia, indudables dificultades pues en Ciencias Sociales las tensas relaciones entre teoría e investigador, entre Razón y Realidad, modifica (condiciona) la naturaleza del mismo objeto de análisis.

En efecto, el supuesto clásico que consistía en afirmar que el economista—como científico social y no como mero artífice instrumental de técnicas—*descubría* la realidad de forma simultánea al analizarla ha sido sustituido por otro supuesto, no menos problemático, que proclama que el investigador cuando estudia la realidad socioeconómica en cuestión, lo que realmente está haciendo es *inventarla* (en el sentido de “construirla teóricamente con andamiajes axiológicos e ideológicos”) (cf., al respecto, los sugerentes trabajos reunidos en Watzlawick et al., 1989). De este modo, *el principio de objetividad*—el objeto conocido existe independientemente del sujeto que lo conoce—fue reemplazado por *el principio de reflexividad*: el sujeto y el objeto de investigación se contienen mutuamente y se descubren teóricamente en un proceso recíproco de conocimiento. Esta posición distingue claramente las visiones positivistas del tipo popperiano que siguen la cláusula del “conocimiento sin sujeto cognoscente” (Popper, 1974) o, incluso, el {desfase} lakatosiano entre “conocimiento y reflejo social distorsionado” (Lakatos, 1974) y entronca con una interpretación materialista—en su sentido más amplio—respecto a la existencia social que determina la conciencia del investigador (Marx, 1980).

“*Dentro del dominio de la ciencia, la conciencia elige*”: la tajante afirmación de un reconocido intelectual contemporáneo, R. Oppenheimer, contiene más implicaciones (epistemológicas, metodológicas y teóricas) que las que aparentemente expresa una formulación explícita sobre la determinación del conocimiento científico adquirido a partir de una imagen cuyo carácter innovador requiere un análisis que supere la dicotomía reflexiva “fuerzas de producción-relaciones de producción”. El conocimiento como precipitado histórico de fuerzas, instrumentos e instituciones, cae bajo el dominio de la conciencia; un dominio que hace erigir un universo de imágenes motrices y creadoras que se organizan en

proyectos y sistemas conceptuales que deben ser sometidos a prueba de coherencia y al recurso de la observación. Pues, en definitiva, la evolución del Pensamiento y el progreso de las Ciencias Sociales no emerge exclusivamente de las fuerzas impersonales de la producción sino, también, de la conciencia de los investigadores que reflejan y recrean—de un modo permanente y sin término—, las imágenes sobre la materialidad y las relaciones sociales (cf., sobre temas de Metodología y de Historia del Pensamiento Económico, García Menéndez, 1988 y 1989).

## 2. *El relato literario como síntesis narrativa del pensamiento socioeconómico*

“Ninguna aventura de la imaginación tiene más valor literario que el más insignificante episodio de la vida cotidiana”

—G. García Márquez

El largo camino de las ciencias sociales para desvincularse de las servidumbres metodológicas del positivismo vulgar y para encontrar soluciones cualitativas más allá de la epidérmica contrastación empírica generó una revalorización de la colaboración interdisciplinar en el proceso de investigación pero, también, la aparición de fronteras difusas entre disciplinas, de auténticas zonas “borrosas”. El giro metodológico y analítico supuso que la Literatura se convirtiera en un nuevo método de investigación del conocimiento social y económico de la sociedad como objeto reflexivo. Como afirmaron desde entonces especialistas de la materia, escribir no es un mero ejercicio foral sino que, en sí mismo, es un método de investigación (F. Ferraroti o L. Richardson, por ejemplo). A diferencia de la tarea tradicional del conocimiento social, el narrar o contar historias no es sólo un elemento más de todo el proceso de investigación sino que, para esta vertiente, se constituye estrictamente en un proceso de investigación (L. Webster y P. Mertova, 2007). *Quien narra, selecciona, alienta y da fuerza interpretativa a las palabras con significado ordenadas con estilo*. En este sentido, “los argumentos para el desarrollo y utilización de la investigación narrativa provienen de una forma de ver la experiencia humana en la que los seres humanos, individual o colectivamente, llevan vidas que pueden historiarse”, concluyendo que, “el relato, en el lenguaje actual, es una entrada por la

que una persona se introduce en el mundo y, por medio del cual, su experiencia es interpretada transformándose en significativa” (J. Clandinin et al, 2007, 22). De igual modo, podremos estudiar la historia del pensamiento a través del relato biográfico. En efecto, como afirma Ferraroti, entusiasta defensor del método biográfico, es posible la aproximación al conocimiento de la sociedad a través de las biografías (véase F. Ferraroti, 1988). ¡Cuántas veces mi alumnado ha llegado al conocimiento de la obra político-económica de A. Smith por la vía de un padre mercantilista, aduanero circunspecto y fiscalizador! ¡Cómo no reconocer la lúgubre figura de Malthus en su particular parricidio intelectual frente a un progenitor liberal admirador del optimismo ilustrado y crítico de Voltaire! O, ¿qué me pueden decir Ustedes de las posibilidades de la vida y obra de J. M. Keynes para este enfoque?

Desde la Economía, el recurso a las *afinidades electivas* pudiera parecer un tributo meramente formal debido a injustificables concesiones literarias o a simples pruritos estilísticos. Lo cierto es que, además, reconocemos al igual que Paul Ricoeur que si algo permanece en la labor docente e investigadora a lo largo del tiempo (y más en el campo de conocimiento social) se debe al *supremo acto de contar*. La función narrativa e interpretativa, como creadora de identidad es similar y tiene similar potencia a la ambiciosa formación keynesiana de opinión interna y externa. Una “narración” que, discurriendo en el cauce de la hermenéutica y cualquiera que sea el medio de comunicación empleado, posee un incuestionable *peso epistemológico que condiciona la Historia de la Filosofía* pero su correlato práctico condiciona, asimismo, *la Filosofía de la Historia* y, en última instancia, a la construcción de los cimientos económicos y sociales del sistema (cf., al respecto, Cruz, 1991, 155 y ss.). “Narrar”, “contar” es, también, *nombrar* al objeto analítico de la Economía Política—como búsqueda científica que interroga sobre la racionalidad, pues el sujeto social moderno fabrica el texto que justifica la razón dominante y dota de sentido a su “nombre” (cf., los sugerentes comentarios de Thiebaut, 1990).

En el marco de las *afinidades electivas*, la narrativa—como nueva síntesis de pensamiento—puede tener un primer elemento de sorpresa en científicos sociales que, como el personaje de Molière, un día descubrieron desconcertados que, sin *proponérselo, hablaban en prosa*. Sin embargo, a mi juicio, el elemento interpretativo, “narrativo”, es crucial en la

*deconstrucción* del conocimiento heredado y en la posterior reconstrucción crítica de una *Teoría* que nos muestra, con sorpresas y contradicciones, dos hechos cardinales. Primero, el sujeto analítico de la ciencia es el mismo sujeto de la política: sin uno no puede existir un conocimiento fiable sobre la realidad y sin el otro no cobra sentido la unidad razón-historia. Segundo, la Teoría de una Ciencia Social se transforma en un delimitado campo de batalla en el que la Teoría como ciencia de hechos pierde posiciones estratégicas respecto a la Teoría como política de significados. Y uno de esos elementos semióticos de largo alcance, entre un amplio espectro de motivaciones en la propuesta/práctica científica, nos remite a la *funcionalidad del azar*.

Por ejemplo, existe una aproximación a la noción de *Teoría de la Política Económica* que utiliza una afinidad con las leyes de la Termodinámica que confirman la existencia de una tendencia al caos de los sistemas. El comportamiento caótico del sistema económico requiere un gasto de energía dedicado al control del azar que influye en la evolución de los procesos económicos. Esta característica se evalúa por el grado de entropía existente en los sistemas. Por lo tanto, la Economía como *praxis* consiste en la acción consciente por parte del Estado para controlar el grado de entropía existente en el sistema económico. El relato sobre la reconstrucción crítica debe profundizar en las raíces de un conocimiento social que, como proclama S. M. Cipolla, es una disciplina a caballo entre la Historia y la Economía que debe desentrañar “narrativamente” el rol del azar y trascender la búsqueda infructuosa que impida una clara distinción entre las verdaderas causas de los fenómenos analizados y las correlaciones existentes en ellos (Cipolla, 1991). Pero, al margen de que se pudiera sostener una sintonía parcial con el ideario de Cipolla en torno a la verdadera trama de las disciplinas sociales, lo cierto es que la naturaleza del objeto de reflexión literaria, en este sentido, requiere una continua reinterpretación de las ideas económicas que, como señala la reciente compilación de Bo Gustafsson, se forman en la imbricación de instituciones y fuerzas económicas, comportamientos político-económico interactivos y pautas de desarrollo (Gustafsson, 1991, esp. parte III).

En este preciso sentido, el relato sobre la reconstrucción crítica no posterga las consecuencias restrictivas del error de la denominada “historiografía profesional” que inconscientemente cultivó una actitud

“adánica”, en calificativo de Seco Serrano, con la vana pretensión de alzar el edificio histórico desde “cero” declarando, con argumentos de autoridad absolutista, que toda interpretación literaria sobre la historia pasada de los acontecimientos narrados es inservible. Esta postura prepotente de la “rendición de cuentas del pasado” se debe, en gran parte, a la necesidad de asesinar al padre intelectual de cada nueva escuela como fórmula de afirmación de madurez científica. No olvidemos que, como escribió E. Severino sobre las relaciones entre Platón y Parménides, los parricidios intelectuales, fallidos o no, constituyen uno de los rasgos más significativos de la Historia del Pensamiento (Severino, 1991). Entonces, nos encontramos con que la naturaleza social e histórica del conocimiento político-económico y el carácter evolutivo del progreso económico limitan indiscutiblemente el ámbito de los conceptos generales y de las leyes que formulan los economistas y, en suma, los científicos sociales. Añádase, además, que la filiación de las ideas científicas ha sufrido en nuestro campo de conocimiento dificultades debidas a varios hechos concatenados. El apoyo narrativo no sólo legitima el *status* de la ideología económica dominante sino que, además, compensa con frecuencia la modestia de los resultados científicos en Economía que son y han sido siempre, como afirmó Schumpeter (1971, 40), modestos y muy desorganizados. “Han dominado y siguen dominando, junto con otros, métodos de invención factual y de análisis que algunos economistas consideramos, como también se consideraron ya antes, inferiores a los criterios de exigencia debidos, o incluso falsos en principio”, escribe la autorizada pluma del autor, quien concluye en que,

aunque (...) es posible indicar en cada época una opinión profesional establecida acerca de los temas científicos, y aunque esa opinión ha superado a menudo la prueba de mantenerse por encima de grandes diferencias de opinión política, sin embargo, no nos es posible hablar de ella con tanta confianza como puede hacerlo un físico o un matemático. Por lo tanto, no podemos reconocernos unos a otros la posibilidad de resumir el 'estado de la ciencia' de modos igualmente satisfactorios.

Como ya afirmaba P. A. Samuelson en una célebre locución de 1963, solamente las ciencias blandas, como la Economía, gastan tiempo en hablar de Metodología porque “Satán encuentra tarea para los ociosos” (Samuelson, 1963).

Quizás el juicio de Samuelson sea excesivamente duro y su posición responda al fenómeno típico de los círculos convencionales de

estudio de Ciencias Sociales y que T. C. Koopmans denominó “la mala reputación de la Metodología”, paráfrasis que utilizamos anteriormente respecto al relativismo metodológico. Este hecho explica la necesidad que tiene una disciplina social en suplir la fortaleza de los fundamentos epistemológicos y la claridad del instrumental metodológico con un imprescindible aporte de *persuasión* en la sofisticación de la elaboración teórica y en la transmisión del mensaje del *policy-maker* al público en general. El vehículo para transportar la carga persuasiva del discurso es la Retórica, figura entendida en un sentido amplio y con una doble faceta de “puesta en escena” y de “composición del mensaje”. El relato literario sería, entre otras, una de las vías por la que discurre el discurso persuasivo como un canal de transmisión que supone tres implicaciones. En primer lugar, vincula *conocimiento e información* (cf., al respecto, la compilación de ensayos debida a Lamberton, 1977); en segundo lugar, notifica la existencia de *recursos retóricos en la construcción de los discursos especializados en general* (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1990) y en Economía en particular (McCloskey, 1985); y, en tercer lugar, informa que el mensaje científico—desde la oratoria ocasional, pasando por el conocimiento organizado para docencia e investigación, o para la divulgación pública, y hasta el dictamen oficial utilizado por la autoridad política—constituyen muestras y, en su caso, soluciones a muchas *carencias discursivas en la transmisión del mensaje debidas a un déficit de realismo de enunciados que es compensado con carga expresiva adicional, bien utilizando las claves de la semiología* (Barthes, 1990), o bien *magnificando el papel de la comunicación como elemento que funda, por sí misma, una parte sustancial de la racionalidad* (Habermas, 1989).

### 3. *Afinidades Electivas, Economía y Literatura: referentes latinoamericanos*

“Mi abuela me contaba las cosas más atroces sin conmoverse como si fuera una cosa que acabara de ver. Descubrí que esa manera imperturbable y esa riqueza de imágenes era lo que más contribuía a la verosimilitud de sus historias”.

—G. García Márquez

El consenso en torno a una noción satisfactoria de *Literatura* es

muy precario. La combinación de ideología, realidad, pretexto y texto es, sin duda, compleja y confusa pues produce una sutil frontera entre la imaginación y el mundo sensorial por la que se puede transitar en doble dirección. Sea cual sea la gradación del equívoco, si es o no premeditado, podríamos convenir en que la obra literaria es, en una primera aproximación, el resultado de un prolijo proceso consistente en conjugar la realidad con la ficción, la creación con la crónica social, el 'yo' introvertido con el 'todo' que rodea. Al respecto, numerosos ensayistas, desde el materialismo dialéctico, se preocuparon por un tema tan sugerente: L. Althusser y colaboradores como E. Balibar que profundizaron en la crítica del fetichismo literario hasta E. Prèvest o R. Barthes, que analizaron las relaciones multidireccionales entre Literatura, Política, Ideología y Cambio Social. De cualquier forma, la obra literaria juega a ser expresión de una ideología, tanto en cuanto es 'una puesta en palabras', al mismo tiempo que ensalza su 'puesta en escena'.

No fueron ajenos a la riqueza y al equívoco de estas situaciones ni los estetas insobornables (como si la palabra no significara en sí misma un botín de guerra en el devenir histórico) ni los gladiadores ilustrados (como si respetaran escrupulosamente, si ello fuera posible, aquella sutil frontera). La abundancia de ejemplos relevantes es significativa. En este momento nos circunscribimos a ciertos instantes biográficos y a la obra literaria de Gabriel García Márquez (GGM, en adelante); en concreto, las implicaciones que contiene uno de sus magníficos relatos como es *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* (1972) (CEAD, en adelante). Con sorprendente anticipación, GGM ofrece un intenso cuadro narrativo del que podemos extraer líneas maestras que articulan afinidades electivas Literatura-Economía Política que contribuyen al análisis de la deuda externa financiera en el marco socioeconómico de los países en vías de desarrollo, con especial referencia a Latinoamérica desde las últimas décadas del siglo XX. El tema, en su perspectiva político-económica, fue objeto de investigación por nuestra parte desde el momento en que el endeudamiento externo latinoamericano no sólo adquirió rasgos dramáticos sino que, con anterioridad, se intuyó su emergencia como el avance de saldos negativos en la aplicación de políticas económicas monetaristas, en programas de apertura irrestricta al exterior a lo largo y ancho del Cono Sur latinoamericano afectado por la previa instalación de

regímenes militares (García Menéndez, 2014). En efecto, como señala pertinentemente Mejía Duque, “la actividad política de los intelectuales ha sido también en estos países obra de la presión de las circunstancias económicas, en no menor medida que del modelo ‘prestigio’ social por excelencia: el caudillaje”. El “monetarismo periférico”, es decir, la teoría y práctica del neoliberalismo más genuino y seductor, engendrado en los países capitalistas avanzados y recomendado, sin el tamiz de la historia y el filtro específico del subdesarrollo en la periferia latinoamericana contrajo una gran responsabilidad en la crisis económica y social que asoló al continente con una gravedad que no puede ser equiparable al estancamiento secular o a las depresiones cíclicas precedentes. En efecto, a nuestro juicio, si el *gap* del atraso o la asimetría del crecimiento pudieran ser susceptibles de evaluaciones diversas e, incluso, discrepantes, no es menos cierto que la pérdida de autonomía para la formulación de políticas económicas que reactiven la economía (y la sociedad) no ofrece grados de libertad suficientes a los gestores de una crisis que, por momentos, se torna estructural para el mismo ámbito de las finanzas internacionales como se aprecia en la actualidad.

Sorprendería, por lo tanto, que economistas o sociólogos críticos fueran ajenos al pulso de la realidad circundante y que el compromiso de análisis o de denuncia no implicara a escritores de diversas ideologías. Al igual que Karl Marx o J. Maynard Keynes, la vocación polémica y la capacidad de debate de Milton Friedman constituyó el detonante de un pugilato intelectual de amplio espectro. Cuando Friedman recomienda a los gestores económicos de las dictaduras militares del Cono Sur la aplicación de políticas de ‘shock’ monetario para la periferia latinoamericana; cuando resalta la oportunidad de desmontar el anémico estado benefactor de la región sin cuestionarse, en absoluto, la ruptura del ‘mercado’ político, lo que en realidad ignora—quizás esto sea lo imperdonable en el gurú de los ‘talleres de Chicago’—es que Adam Smith no puede resucitar en América Latina sin la guía de Mussolini, en palabras clarividentes del escritor uruguayo Eduardo Galeano. Sin embargo, una de las afinidades electivas Literatura-Economía de gran significación es el caso de la deuda externa de América Latina, tras la explosiva declaración de moratoria indefinida por México ante los organismos internacionales y la banca transnacional en 1982. En efecto, América Latina afrontó en 1987 una deuda externa cercana a 400.000 millones de dólares. En otros



términos, al decir de Cristina Peri Rossi, “todo indica que le debo 1.700 dólares a la gran banca internacional, al FMI o al BID, que son los mayores banqueros del mundo. Y no sé en que me los gasté...”. Y su airada sorpresa no se detiene solamente en aquella musa exponencial de la tasa de interés que tanto gustara a Baudelaire—como factor de creatividad literaria—cuando la autora de *La nave de los locos* o *El museo de los esfuerzos inútiles* constata que “todos los uruguayos (o chilenos, o argentinos...) ausentes o presentes, ex exiliados, ex presos políticos, los jubilados, los adolescentes y los niños de pecho hemos contraído esa deuda con la gran banca, aunque yo no compré ninguna picana eléctrica ni una metralleta nueva en los últimos años”.

No se trata de una deuda contraída por requerimientos productivos o de financiación de la educación o la sanidad públicas. No; son compromisos que adquiere un latinoamericano por el simple hecho de serlo en una época histórica donde la participación democrática en la toma de decisiones políticas y económicas tuvo una existencia ‘trunca’. ¿Por qué? Mario Benedetti pone la contestación en términos tan evidentes como escatológicos en boca de Eduardo Budiño, el Viejo, cuando conversa con su hijo:

-Bien sabes que yo me hago pipí en la revolución.

-¿Y en la democracia?

-En la democracia me hago caca, pero me sirve para ganar la plata y entonces, soy demócrata con todas las mayúsculas que quieras.

Sin embargo, aunque sea a regañadientes y con un precio pagado en sangre y fuego, los pueblos se resignan como mal menor a convivir con el fatalismo irracional diseñado en numerosos manuales ortodoxos sobre economía y sociedad hasta el punto que, sin sumarse a la popular rima cubana “ae, ae, ae, la chambelona, ni pagamos la deudita ni pagamos la deudona”, no se cuestiona en absoluto la legitimidad de un endeudamiento contraído a espaldas de (y, con frecuencia, en contra de) los ciudadanos de los países periféricos y dependientes. Como comentaba P. Casaldáliga, Obispo de San Félix de Araguaya, “...no pagamos porque no somos nosotros los que hicimos la deuda y ante las exigencias de pago se debe contestar ‘que pague su madre’”. La paternidad de la deuda corresponde a los Budiños de América Latina y sus representantes políticos (con o sin bayoneta visible). Según Mario Benedetti, en su largo poema “Otra noción de patria”:

*...los hombres de mala voluntad  
no todos sino los verdaderamente temerarios  
cuando van al analista y se confiesan  
somatizan el odio y acaban vomitando  
y  
a propósito  
son ellos que gobiernan  
gobiernan con garrotes expedientes cenizas  
con genuflexiones concertadas  
y genuflexiones espontáneas  
minidevaluaciones que en realidad son mezzo  
mezzodevaluaciones que en realidad son macro...*

A pesar de que existen voces moderadas que señalan el peligro de afrontar compromisos financieros externos “más allá de la crisis que padecemos”, lo cierto es que la magnitud del problema y el inadecuado tratamiento formulado por la banca privada transnacional y los organismos supranacionales que condicionan nuevos tramos de crédito a la práctica de políticas de ajuste, a todas luces antipopular y antidemocrático, requiere un cambio urgente de estrategia y modos de actuación. Porque existe, cinco años después de la explosión de la deuda como uno de los principales problemas de la economía internacional, el riesgo de que América Latina caiga de manera irreversible en la locura de Sísifo como pronostica Abel Posse. El celebrado autor de *Daimon* señala que Sísifo es conocido por el trágico lugar que ocupa en la mitología griega. Condenado a llevar indefinidamente una pesada piedra cuesta arriba, antes de alcanzar la cima de la montaña, siempre rodaba hacia abajo por lo que se veía obligado, patéticamente, a recomenzar su carga una y otra vez. En este sentido, tan importante es conocer el por qué cada latinoamericano debe a los acreedores internacionales como apreciar el futuro previsible de los países de la región si siguen por la vía del ajuste-renegociación-ajuste-nueva renegociación... Abel Posse pronostica que los gobiernos latinoamericanos, incluso aquellos que iniciaron procesos de democratización con medios limitados, “tendrán que seguir con las penurias de Sísifo y sus obreros tendrán que seguir ajustándose el piolín que sostiene sus pantalones remendados”. “Reescalonar los términos de las deudas”, añade Posse, “y morigerar los intereses equivale apenas a tornar un poco menos empinada la cuesta de la montaña”. Pero no basta. Porque con o sin Plan-B, declaraciones de intenciones de organismos internacionales o países desarrollados y mucho, mucho voluntarismo por las partes implicadas, lo cierto es que “Sísifo enloquecerá igual si sabe que

las cuestras siguen hasta el infinito”. La actualidad sobre los bonos argentinos y el pleito con los “fondos buitres” corrobora décadas después las afirmaciones del escritor.

Es más: si al patético destino de Sísifo-América Latina le añadimos las penurias ocasionadas por la rigidez del ajuste programado con la exclusiva finalidad de satisfacer los compromisos externos, observaremos que la política económica ortodoxa practicada en la región es un trazo más de la sensación de impotencia de Calípedes-América Latina quien, cansado de correr, se detiene y comprueba que ha avanzado virtualmente: mientras las estadísticas aparentan, los procesos de pobreza y de exclusión social se intensifica. No es menos importante reconocer que el endeudamiento externo latinoamericano si representa, actualmente, una carga muy dura de soportar por la periferia subdesarrollada del sistema, es, además, una herencia envenenada para las generaciones futuras. Mientras no existan cambios estructurales en la renegociación que alivie la tensión continua de los gestores de la política económica, los cuales dedican una gran parte del esfuerzo al pago del servicio de la deuda relegando la reconstrucción económica y la normalización democrática de cada país, ello se traducirá en un segmento adicional de dependencia y atraso para el día de mañana. Porque la deuda, al igual que la realidad latinoamericana de su época es, al decir de J. Stevenson: “...engendro de la angustia, te amamantó la dictadura y te verás donando tus culpas a todos los impúberes...a ellos legarás tu porvenir confiscado”.

Los referentes literarios que permiten ilustrar un tema político-económico como el del endeudamiento externo de los países en vías de desarrollo son, como se puede apreciar, de diverso género. En este sentido, guardo un especial recuerdo de uno de los primeros seminarios impartidos de Económica Internacional, en la Universidad de Santiago de Compostela y en el curso 1985-1986, cuando se sometió a examen, desde el prisma de las Afinidades Electivas, algunas reflexiones en torno a las contradictorias relaciones entre el cuerpo doctrinario liberal clásico y el ascenso del capitalismo. En dicho encuentro, un participante del seminario preguntó cuál sería la obra que mejor hiciera comprender el complejo proceso de la Ilustración y su impacto en la América colonial. El fichero, al respecto, no sólo es extenso sino que, también, notifica la envergadura de obras y autores. Desde el *18 Brumario* (K. Marx) al *Asalto de la razón* (G. Lukács), pasando por J.A. Schumpeter, H. Laski o R.

Kühnl, entre otros.

No obstante, conociendo las inclinaciones literarias de mi interlocutor, le sugerí una novela centrada, en su argumento, en un precedente inmediato de la tensión creciente entre retórica liberal y práctica del capitalismo. La novela en cuestión era *El Siglo de las luces*, de Alejo Carpentier, no sólo para ilustrar la complejidad de la época sino, más bien y como sugieren las *Afinidades Electivas*, para descubrir nuevos elementos analíticos de interés ante en la puja latente entre el ideal ilustrado y su cruel caricatura. Es decir, la dialéctica de la razón—en términos de Adorno y Horkheimer—hace desembocar a la utopía ilustrada en la barbarie del sistema que inspira porque se olvida con excesiva frecuencia que los ‘excesos de racionalidad’ en la teoría producen ‘déficits’ lamentables en la práctica histórica. En la América colonial, Alejo Carpentier hace reflexionar a uno de sus protagonistas:

Le parecían cortos esos años, ahora que los había dejado atrás. Y, sin embargo, había tenido el poder de envejecer tremendamente ciertas cosas: ciertos libros, sobre todo. Un encuentro con el Abate Raynal, en los entrepaños de la biblioteca, le dio ganas de reír. El Barón de Holbach, Marmontel, con sus incas de ópera cómica, el Voltaire de las tragedias tan actuales, tan subversivamente actuales, hacía apenas diez años, le parecieron algo remoto, fuera de la época—tan rebasado como podía serlo hoy un tratado de Farmacopea del siglo XIV. Pero nada resultaba tan anacrónico, tan increíblemente resquebrado, fisurado, menguado por los acontecimientos, como El Contrato Social.

Del mismo modo, por razones de riqueza literaria, de extraordinaria capacidad de anticipación en cada pieza del cuento entendido como mecano sugerente en su necesaria brevedad; por ser un (pre)texto brutal y, en consecuencia, brutalmente didáctico para comprender muchas de las claves del actual endeudamiento externo latinoamericano, seleccionaríamos sin duda la historia de Eréndira debida a la magistral pluma de GGM.

*4. La increíble y triste historia de la cándida América Latina y de sus desalmados acreedores externos apoyados por la matrona fondomonetarista*

“García Márquez convierte el mal en belleza, porque se da cuenta que nuestra historia no es sólo fatal: también, de una manera oscura, la hemos deseado”.

—C. Fuentes

En la sección anterior del presente ensayo se puso énfasis en la compleja génesis del proceso de endeudamiento externo en América Latina en las décadas finales del siglo pasado como resultado de las políticas de ajuste neoliberales aplicadas en la mayoría de países por gobiernos militares inspirados en la doctrina de la Seguridad Nacional que combina la apertura económica neoliberal con el bloqueo de la democracia política, combinación que en el Cono Sur que denominamos de “fascismo dependiente” (García Menéndez, 1989). La deuda no sólo era ilegítima, por razones de origen golpista y antidemocrático de los gobiernos endeudados, en términos de Nahum Sack con los que bautizó el fenómeno en Europa en 1927. Su afirmación de “caído el déspota, pagada la deuda”, no dejaba de ser una conclusión lógica. Esta opción de política económica neoliberal era una de las vías de conocimiento y de divulgación social para llegar a receptores potenciales del análisis y de rebelión social ante las condiciones leoninas del fenómeno de la deuda. No obstante, la quiebra del régimen político y económico del centroeste europeo y de la extinta URSS, y el ascenso del pensamiento único neoliberal basado en el proclamación del “fin de las ideologías” supone que, en aparente contradicción, el tema del endeudamiento externo en América Latina en las últimas décadas del siglo XX y el juego del rol que desempeñan los distintos agentes implicados (gobiernos de dictaduras militares en el Cono Sur, la banca privada transnacional, el Fondo Monetario Internacional, la Comisión Trilateral...) hicieron mutar los parámetros de análisis. El problema no es meramente técnico sobre deuda financiera que relaciona a deudores con acreedores a través de cláusulas contractuales en torno al servicio de la deuda, principal e intereses, comisiones de riesgo, renegociación de compromisos financieros, etc. Más allá de las cuestiones técnicas está la ideología, detrás de la apariencia está la esencia de los fenómenos político-económicos, bajo la espuma del oleaje financiero internacional se mueven las corrientes motrices que gobiernan la globalización y sus condicionantes. Porque la deuda externa también es, en palabras de N. Chomsky, una *construcción ideológica*. Y desde este plano, la metodología de las afinidades electivas responde a las circunstancias señaladas.

La historia de Eréndira se desarrolla en el departamento del caribeño de Colombia. En La Guajira, en la década de los 40 del siglo pasado, GGM viajó cargado de maletas con enciclopedias y libros técnicos

que el escritor vendía a plazos para subsistir en una etapa trashumante de su biografía. Cuenta Palencia-Roth que GGM le confesó que en una intensa noche de parranda, entre galones de ron de caña y humo de tabaco picante, conoció a una niña de once años en un remoto pueblo del Caribe que era prostituida por una matrona gorda y miserable que bien pudiera haber sido su abuela. Este recuerdo dejó huella profunda en GGM hasta el punto que inspiró un corto episodio de *Cien Años de Soledad* acerca de una joven prostituta obligada a acostarse, en la estela exagerada del realismo mágico, con cientos de hombres cada día. Pero fue con el caso de Eréndira con el que el autor desarrolla la historia, primero, como guión cinematográfico que filmará en 1983 el director Ruy Guerra; y, segundo, como un relato que se avanza en una revista literaria mexicana y que se publica definitivamente en castellano en 1972. De igual forma, en la biografía de GGM escrita por D. Saldívar, se menciona el fuerte impacto que tuvo en GGM conocer la historia que le contaron en algún pueblo de Sucre sobre una escuálida niña explotada en un burdel ambulante, de pueblo en pueblo, siguiendo el calendario de las fiestas patronales y llevando consigo su propia carpa, sus músicos y sus puestos de comida y alcoholes (D. Saldívar, 1997). El mismo GGM, en un alarde informativo para el lector, introduce hacia el final del relato una nota de contexto referido en primera persona sobre las circunstancias en que el autor conoce la historia de Eréndira y de su abuela: “Las conocí por esa época, que fue la de más grande esplendor, aunque no había de escudriñar los pormenores de su vida sino muchos años después, cuando Rafael Escalona reveló en un canción el desenlace terrible del drama y me pareció que era bueno para contarlo” (GGM; 1975, 306).

El aprecio y admiración de GGM por los vallenatos, género musical de Valledupar y del interior atlántico, es suficientemente conocido. Es un género musical cuya instrumentación intercultural y de origen muestra la riqueza de las principales fuentes culturales de Colombia: africana (percusión), europea (acordeón) e indígena (raspador); con una música pautada y fácilmente reproducible por el pueblo; y con letras que contienen relatos con exposición temática, nudo y desenlace sobre sentimientos humanos y episodios de la realidad sobre los que todo oyente se siente identificado o muy próximo. Y muy especialmente, en los últimos años, con la generación del despertar del vallenato en toda América. El ya desaparecido Diomedes Díaz reconoció en la cumbre del vallenato de

1992, en la isla de San Andrés, que el gran maestro de esta generación había sido Rafael Escalona. Aunque a mediados del siglo XX llegaron a coincidir los mejores cantores de vallenato como Zapata Olivella, Emiliano Zuleta, Lorenzo Morales... (a todos conoció GGM), el escritor tenía una especial preferencia personal por Rafael Escalona con el que viajó por la Guajira en giras inolvidables de música y parranda que representaron seminarios avanzados de antropología social y de experiencia vital, además de costumbres e historias del oriente colombiano. Sin embargo, la referencia que hace en el relato de Eréndira sobre la letra de un vallenato de Escalona fue producto de una confusión de la memoria de Gabo. Como afirman especialistas musicales en el género no existe un vallenato de Escalona que divulgara el final del drama de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada. Según relata GGM :

Yo andaba vendiendo enciclopedias y libros de Medicina por la provincia de Riohacha, Alvaro Cepeda Samudio, que andaba también por esos rumbos vendiendo máquinas de cerveza helada, me llevó en su camioneta por los pueblos del desierto con la intención de hablarme de no sé qué cosa, y hablamos tanto de nada y tomamos tanta cerveza que sin saber cuándo ni por dónde atravesamos el desierto entero y llegamos hasta la frontera. (GGM, CEAD, 1975, 306-7)

Álvaro Cepeda Samudio, integrante del denominado grupo de Barranquilla, fue uno de los grandes colegas y amigos de GGM, el más seductor de un grupo que el escritor inmortalizó reproduciendo sus nombres en *El coronel no tiene quien le escriba* y en *Cien años de soledad* (G. Martín, 2009, 405). Pero Cepeda Samudio fallece prematuramente en 1972, año en que curiosamente GGM publica el relato sobre Eréndira. Tras atravesar el desierto en la camioneta cargada con máquinas de cerveza fría, llegan al prostíbulo ambulante: “Allí estaba la carpa del amor errante, bajo los lienzos de letreros colgados: *Eréndira es mejor. Vaya y vuelva Eréndira lo espera. Esto no es vida sin Eréndira*” (GGM, CEAD, 1975, 307).

Por una parte, la importancia de la cuestión de la deuda externa como un tema de interés analítico no sólo como pieza de ingeniería financiera sino, más bien, como factor del modelo de crecimiento dependiente y subordinado de América Latina y, por otra parte, la riqueza literaria con la que GGM vertebra los personajes y la secuencia de situaciones hacia un final ineluctable que contiene el relato lo hace especialmente adecuado para superponer en el proceso de investigación la

deuda externa (como fenómeno económico) con el cuento sobre Eréndira y su abuela (como hecho narrativo). El ejercicio sobre esta afinidad electiva contó, como dijimos, con nuestra reflexión y otras aproximaciones debidas a magníficos colegas (García Menéndez, 1988a; Calcagno, 1988; Acosta, 2002, entre otros). Ahora toca a otros/as colegas y estudiantes exprimir al máximo las posibilidades de una herramienta epistemológica al servicio del conocimiento de la realidad.

### Apéndice reflexivo

#### 1. Cómo se generó la deuda:

“La abuela contemplaba con un abatimiento impenetrable los residuos de su fortuna. Eréndira sentada entre las dos tumbas de los Amadisés había terminado de llorar. Cuando la abuela se convenció de que quedaban muy pocas cosas intactas entre los escombros, miró a la nieta con una lástima sincera.

-Mi pobre niña -suspiró-. No te alcanzará la vida para pagarme este percance”.

#### 2. Cómo se amplía la espiral perversa de la deuda:

“Habían transcurrido seis meses desde el incendio cuando la abuela pudo tener una visión entera del negocio.

-Si las cosas siguen así -le dijo a Eréndira- me habrás pagado la deuda dentro de ocho años, siete meses y once días.

Volvió a repasar sus cálculos con los ojos cerrados, rumiando los granos que sacaba de una faltriquera de jareta donde tenía también el dinero, y precisó:

-Claro que todo eso es sin contar el sueldo y la comida de los indios, y otros gastos menores”.

#### 3. Cómo se pagó la deuda:

“-Qué diablos venderán ahí?

-Una mujer -le contestó su hijo con toda naturalidad. Se llama Eréndira

-¿Cómo lo sabes?

-Todo el mundo lo sabe en el desierto -contestó Ulises”.

#### 4. Cómo engordó la abuela encadenando la Eréndira:

“La abuela viajaba en un palanquín con guirnaldas de papel, rumiando los cereales de la faltriquera a la sombra de un palio de iglesia. Su tamaño monumental había aumentado, porque usaba debajo de la blusa un chaleco de lona de velero, en el cual se metía los lingotes de oro como se meten las balas en un cinturón de cartucheras. Eréndira estaba junto a ella, vestida de géneros vistosos y con estoperoles colgados, pero todavía con la cadena de perro en el tobillo”.

#### 5. Cómo se paga la deuda con un inmenso coste social y la condicionalidad de los cartas (de intencionalidad política y



económica):

“Era una visión nueva e imprevista del porvenir. En cambio, no había vuelto a hablar de la deuda de origen, cuyos pormenores se retorcián y cuyos plazos aumentaban a medida que se hacían más intrincadas las cuentas del negocio. Sin embargo, Eréndira no emitió un suspiro que permitiera vislumbrar su pensamiento. Se sometió en silencio al tormento de la cama en los charcos de salitre, en el sopor de los pueblos lacustres, en el cráter lunar de las minas de talco, mientras la abuela le cantaba la visión del futuro como si la estuviera descifrando en las barajas”.

6. Sobre la depredación económica y social de la abuela y de cómo la deuda se acumula:

“La abuela se comió sola todo el resto. Se metía los pedazos enteros en la boca y se los tragaba sin masticar, gimiendo de gozo y mirando a Ulises desde el limbo de su placer. Cuando no hubo más en su plato se comió también el que Ulises había despreciado. Mientras masticaba el último trozo, recogía con los dedos y se metía en la boca las migajas del mantel. Había comido arsénico como para exterminar una generación de ratas.

(...)

Eréndira no volvió a tener noticias de Ulises hasta dos semanas más tarde, cuando percibió fuera de la carpa el reclamo de la lechuza.

(...)

No se sorprendió, sino que le dijo con voz de cansancio:

-Lo único que has conseguido es aumentarme la deuda”.

## Bibliografía

- Aglietta, M. y Orlean, A. (1990). *La violencia de la moneda*. México: Ed. Siglo XXI.
- Althusser, L., Balibar, E., et al. (1975). *Para la crítica del fetichismo literario*. Madrid: Akal.
- Barthes, R. (1990). *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.
- Baudelaire, CH. (1963). *Obras*. Madrid: Aguilar.
- . (1973). *Correspondance*. Paris: Gallimard.
- Benedetti, M. (1974). *Gracias por el fuego*. Barcelona: Laia.
- . (1984). *Antología Poética*. Madrid: Alianza.
- Benjamin, W. (1993). *Poesía y capitalismo*. Madrid: Taurus.
- Bruno, G. (1989). *La expulsión de la bestia triunfante*. Madrid: Alianza Ed.
- Bunge, M. (1980). *Epistemología*. Barcelona: Ariel.
- Calcagno, A. E. (1988). *La Perversa deuda*. Buenos Aires: Ed. Legasa.
- Carpentier, A. (1980). *El Siglo de las Luces*. Barcelona: Bruguera.

- Cipolla, C. M. (1991). *Entre la Historia y la Economía*. Madrid: Ed. Crítica.
- Clandinin, J., et al. (2007). "Navigating sites for Narrative inquiry." *Journal of Teacher Education*.
- Cruz, M. (1991). *Filosofía de la Historia*. Barcelona: Paidós.
- Eliade, M. (1965). *Le Sacré et le Profane*. Paris: Gallimard.
- Fernández Buey, F. (1991). *La ilusión del método*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Ferraroti, F. (1988). "Biografía y Ciencias Sociales." *Cuadernos de Ciencias Sociales*. FLACSO-Costa Rica. N° 18.
- Feyerabend, P. (1991). Democratizar el pensamiento. El País. Suplemento "Temas de nuestra época". 19. XII.1991.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. México: Ed. Siglo.
- . (1970). *La arqueología del saber*, México: Ed. Siglo XXI.
- . (1971). *L'ordre du discours*. Paris: Gallimard.
- Galeano, E. (1978). *Días y noches de amor y guerra*. Barcelona: Laia.
- García Márquez, G. (1975). "La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada" en *Todos los Cuentos*. Barcelona: Plaza y Janés.
- García Menéndez, J. R. (1988). *Construcción de la Economía como Ciencia Positiva. Exposición y crítica*. Santiago: Tifón.
- . (1988). "Economía y Literatura: variaciones sobre la crisis del endeudamiento en América Latina." *Caravelle*, n° 50, 35-48.
- . (1989). *El equilibrio sutil. Derrumbe y reformulación del liberalismo político-económico*. Santiago: Tifón.
- . (2011). *Crítica de la Ciencia Económica*. Saarbrücken: LAP Lambert Academia Publihing.
- . (2013). *Democracia y Política Económica en América Latina: la década ominosa y perdida (1973-1983)*. Guatemala: pendiente de publicación por la Universidad de San Carlos.
- Goethe, J. W. (1987). *Fausto*. Madrid: Cátedra.
- González García, J. M. (1989). *La máquina burocrática*. Madrid: Ed. Visor.
- Gustafsson, B. (1991). *Power and Economic Institutions: reinterpretations in Economic History*. Londres: E. Elgar Publ.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la Modernidad*. Madrid: Taurus.
- Lakatos, I. (1974). *Historia de la Ciencia y sus Reconstrucciones*

*Racionales*. Madrid: Tecnos.

Lamberton, D. M. (C.) (1977). *Economía de la información y del conocimiento*. México: F.C.E.

Martin, G. (2009). *Gabriel García Márquez, una vida*. Madrid: Debater.

Marx, K. (1980). *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. México: Siglo XXI.

Mejía Duque, J. (1974). *Narrativa y neocolonialismo en América Latina*. Buenos Aires: Crisis.

Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca L. (1990). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid: Ed. Gredos.

Peri Rossi, C. (1985). "Mi deuda externa." *El País*, 12 X (1985): 11.

Popper, K. (1974). *Conocimiento Objetivo*. Madrid: Tecnos.

Posse, A. (1984). "Sísifo y la deuda externa de Latinoamérica." *El País*. 15. V (1984): 44.

Saldivar, D. (1997). *García Márquez: el viaje a la semilla*. Madrid: Alfaguara.

Samuelson, P. A. (1963), "Problems of Methodology: discussion." *American Economic Review* (Mayo).

Sánchez, F. (1991). *Que nada se sabe*. Santiago: Ed. Compostela.

Schumpeter, J. A. (1971). *Historia del Análisis Económico*. Barcelona: Ed. Ariel.

Severino, E. (1991). *El parricidio fallido*. Barcelona: Ed. Destino.

Shell, M. (1985). *Dinero, lenguaje y pensamiento*. México: F.C.E.

Thiebaut, C. (1990). *Historia del nombrar*. Madrid: Visor.

Vargas Llosa, M. (1986). "Negociar la deuda es la solución." *ABC*. 9. VIII. (1986): vi-vii.

Watzlawick, P. et al. (1989). *La realidad inventada*. Barcelona: Gedisa.

Webster, L. y Mertova, P. (2007). *Using Narrative Inquiry as a Research Method*. New York: Routledge.